



Joaquín de Castellarnau, protagonista de la Segovia finisecular y regeneracionista.

COL. TORREÓN DE RUEDA

La Segovia finisecular

Introducción. La sociedad inicial

ÁNGEL GONZÁLEZ PIERAS
DISEÑO: ALFONSO RINCÓN

Con un riesgo evidente de simplificación –que en todo caso no se alejaría de la realidad– podríamos definir la Segovia finisecular a través del retrato de una situación que no era ciertamente muy favorable desde el punto de vista social y económico. Sería, sin duda, un retrato cierto, a la manera del que realizó Machado de las tierras del Duero en *Campos de Castilla* (1912), pero no completo. Porque ese cambio de siglo se va a caracterizar también por la concurrencia de iniciativas públicas o privadas que van a incidir en el cambio de roles y hábitos sociales de los habitantes de una ciudad que salía en su epidermis del dibujo medieval realizado sobre ella y desde el punto de vista cultural del marasmo generalizado que vivió durante la mayor parte del siglo XIX.

A diferencia de lo ocurrido en décadas anteriores, van a concurrir en el cambio de siglo personalidades que conformarán una generación en el sentido de que tendrán conciencia del papel que les va a tocar jugar; cometido que se unirá a la firme intención de que los réditos de su actuación se residenciasen en la mejora de las personas que componían un cuerpo social concreto en un momento determinado de la historia y que se resume en una palabra: Segovia.

Sus empresas serán diferentes pero sin duda los protagonistas compondrán una clase social –la burguesía– que hasta entonces no brillaba precisamente por sus logros –ni siquiera por su existencia– en la ancestral Segovia. La mayoría no repetía el perfil observado en otros lugares de España, como el País Vasco y Cataluña, o en capitales como Madrid, Málaga, Valencia o Sevilla. Quiero decir que no eran financieros, industriales o comerciantes, sino profesores universitarios, maestros de educación primaria y secundaria, artistas, integrantes de profesiones liberales o funcionarios de alta cualificación. Segovianos o foráneos. De una manera directa o indirecta, habían bebido de las fuentes que manaban de la Institución Libre de Enseñanza, creada en 1876, y del Regeneracionismo que comenzó con la Revolución de 1868 y adquirió su máxima expresión tras el Desastre del 98.

Ayudaron a transformar la ciudad ya desde el último tercio del siglo XX en un triple sentido: urbanístico, pedagógico y cultural. Y fueron el magma, la base, el abono sobre el que floreció la posterior generación de la Edad de Plata en el primer tercio del siglo XX. Fundaron escuelas, produjeron obras artísticas, crearon periódicos, realizaron estudios científicos, elaboraron métodos pedagógicos, escribieron guías o trazaron alineaciones urbanísticas sobre el tejido de la capital. Con un solo objetivo: que esta diera el salto hacia la modernidad.

Es necesario citar nombres como manera de presentar a los protagonistas de esta crónica que es a la vez historia. Son estos, citados sin ningún orden de prioridad ni componiendo un *hortus conclusus*: José Rodao, Daniel Zuloaga, Ignacio Zuloaga, Ildefonso Rodríguez, Mariano González Bartolomé, Gregorio Bernabé Pedrazuela, Segundo Gila, Francisca Roget, Joaquín de Odriozola, Vicente Fernández Berzal, Leopoldo Moreno, Ezequiel González, Joaquín de Castellarnau, Antonio y Rafael Ochoa, Victoriano Hernando, Rafael Breñosa, Rufino Cano de Rueda, Francisco de Cossío, José y Miguel de Zárraga, Moisés Sánchez Barrado, Carlos de Lecea, Eduardo Oliver-Copons, Xavier de la Pezuela, Pedro Hernández Useros, Juan de la Pezuela –conde de Cheste–, Javier Cabello Dodero, Jerónimo López de Ayala –conde de Cedillo–, Francisco de Cossío, Martín Chico, Aniceto Marinas, Félix Gila,

A diferencia
de lo ocurrido en décadas anteriores, van a concurrir en el cambio de siglo personalidades que conformarán una generación en el sentido de que tendrán conciencia del papel que les va a tocar jugar en Segovia

Silverio de Ochoa, Augusto Arcimís... No los analizaremos individualmente en futuras entregas de esta crónica, sino agrupados en la disciplina o cometido que realizaron para dar un mayor sentido a sus iniciativas.

Pero todo análisis, como recomendaba Lewis Carroll en *Alicia en el país de las maravillas*, tiene que poseer un inicio que funcione como punto de partida a partir del que se genere el relato. Y este no puede ser otro, como se decía al inicio de esta introducción, que la descripción del escenario en el que sus iniciativas van a desarrollarse. Es decir, acometeremos en las próximas líneas un dibujo de la Segovia finisecular en las distintas facetas que compusieron su retrato en ese tránsito de siglo, sin marcar límites temporales estrictos. Compondrá el primer capítulo de la serie.

Sociedad, economía y urbanismo de la Segovia finisecular

La crisis del negocio pañero a principios del siglo XIX había derivado en la ausencia en la estructura socioeconómica de la ciudad y de la provincia de una burguesía que liderara los cambios necesarios y en la pervivencia de esquemas sociales ligados al pasado. La arteriosclerosis vital se palpaba en una ciudad pobre, vieja, sucia y sin otro liderazgo que el que se desprendía de la antigua nobleza o de un clero encabezado por obispos que mantenían una "autoridad efectiva no solamente en los medios eclesiásticos, sino en todos los ambientes sociales". "Ciudad levítica", la denominó, siguiendo el discurso anterior, el marqués de Lozoya en sus *Memorias*. 1893-1943 (Segovia, 1992).

No le faltaba razón. La fotografía de la ciudad en el último tercio de siglo registra un clero secular y regular muy numeroso y un rimerio de viejos conventos arruinados por la desamortización; algunos en el sentido más literal como El Parral, La Merced y Los Huertos de los premonstratenses -San Agustín y San Francisco estaban habitados por militares-, en otros casos, la ruina se mostraba solo en su aspecto exterior puesto que la presencia humana seguía siendo numerosa. Viejas iglesias se erguían de malas maneras comido su románico por el avatar de los siglos. Templos como los de San Román, San Facundo, San Gil, Santa Columba, San Blas o San Pablo darían lugar en poco tiempo, junto con los solares de los antiguos conventos, a espacios públicos, parques y jardines, que desde entonces definen la epidermis urbana. Para colmo, el fuego había devastado El Alcázar en marzo de 1862 -aunque en el cambio de siglo su restauración estaba avanzada- y en 1894 un rayo derribaría la extraordinaria torre de la iglesia de San Esteban, una de las más perfectas del románico castellano. Después de varias vicisitudes, treinta y cuatro años después la torre volvería a lucir de nuevo en el horizonte segoviano.

En esa "pétreo e inamovible" Segovia, como la calificó María Zambrano, solo aportaba color el cinturón verde de las huertas que se levantaban en las orillas del Eresma, en lo que fue el asentamiento primitivo de la ciudad tras la repoblación del siglo XI -y verdadero valle sagrado incluso antes-. En ese final de siglo constituía parte de la despensa de una ciudad en la que se unía el comercio de sus frutos a los que traían al Azoguejo y al mercado de los jueves en la Plaza Mayor de la ciudad -con cinco siglos de historia tras de sí- hombres y mujeres que llegaban a la ciudad en burros, carros o diligencia provenientes de los pueblos de la provincia.

Los campesinos vestían con "pantalón corto, media azul, alpargatas, chaqueta y chaleco de paño pardo con botones de metal", que remataban con sombrero redondo de copa cónica.

Las mujeres se cubrían "con mantones rojos, azules o amarillos listados de negro, y pañuelos polícromos en pelo y cabeza". Es la certera descripción que realiza Juan de Contreras, mar-

único. Ignacio Zuloaga, que llegó a la ciudad en 1898, llenó sus cuadros de estos personajes con un realismo que adquiere especial interés en la descripción de las vestimentas. Pongo un

ejemplo en la falda que sirve de capa en *Mujeres de Sepúlveda*, de 1909, que respeta los cánones apuntados por el marqués de Lozoya y los escritos de las hermanas María Concepción y María Paz Alfaya -*Los Bordados populares en Segovia*- en el año treinta del siglo XX. Zuloaga incluso traslada sus personajes a un entorno diferente al habitual en su *Corrida de toros en Éibar*, cuadro realizado al alimón entre su ciudad natal y la capital castellana, y fechado en 1899. La vida de los mercados de la capital es retratada con fidelidad por Lope Tablada Maeso -*La Plaza Mayor de Segovia*-, Daniel Zuloaga -*Plaza Mayor de Segovia*: Zuloaga era un extraordinario acuarelista

como se desprende de esta obra que Mariano Gómez de Caso fecha en 1910- o con perfiles más diluidos Darío de Regoyos -*La diligencia*-, temprana obra de 1882, realizada en su primer viaje por Castilla. Ya entrado el siglo haría lo propio Lope Tablada de Diego o *Torreagero*.

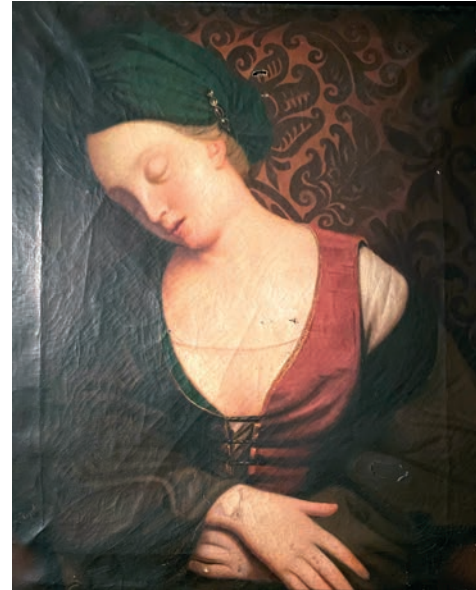
Retomo las palabras del marqués de Lozoya para palpar el hálito vital de aquella sociedad en la transición de dos siglos. "La industria, antaño tan poderosa, era escasísima. Estaba reducida a la fábrica de loza de don Marcos Vargas y a algunas de harinas o de cerámica o de construcción (...) El baile de la Academia, el día de Santa Bárbara, era la cumbre de la modesta vida social segoviana". Hay que complementar la descripción del marqués de Lozoya señalando que el arancel de aduanas de 1906 supuso un verdadero golpe para la producción de cerámica patria, al rebajarse de manera considerable los derechos de importación de los productos cerámicos extranjeros. Todavía en 1911 coleaban esos problemas tal y como recoge una crónica de *El Adelantado de Segovia* de 29 de noviembre de ese año.

En ocasiones, la vieja y nueva nobleza -marqués de La Floresta, conde de Cheste, marqués de Quintanar- abrían sus casas para recepciones que proyectaban luz solo entre invitados que se acercaban de Madrid o bien del Real Sitio de San Ildefonso de La Granja, entonces centro estival de relevancia, primero con la figura de la infanta y princesa de Asturias, Isabel, y luego, en la segunda década del XX, con los jóvenes reyes Alfonso y Ena Victoria. La Granja se convertirá en los últimos años decimonónicos en centro de atracción de la nobleza, de la alta burguesía y de científicos e intelectuales que acudían ante los atractivos de la sierra carpetovetónica. *El Guadarramismo* consolidaba los iniciales pasos emprendidos por los seguidores de la Institución Libre de Enseñanza unas décadas antes. Lo explica muy bien Eduardo Martínez de Pisón en *La montaña y el arte* (Madrid, 2017).

Coincidiendo con la llegada a Segovia de quien revolucionará el desarrollo urbanístico de la ciudad, el arquitecto municipal Joaquín María de Odriozola -que en 1870 sustituyó al jubilado Nicomedes Perier-, el mayor dinamismo social se vivía en los arrabales de San Justo, El Salvador, Santa Eulalia, San Millán y Santo Tomás, que habían sido lugares de ubicación de los centros industriales de la gran industria pañera. Alguna todavía pervivía dando las últimas bocanadas. Casas pintorescas y miserables convivían con enormes caserones, vestigios de las fábricas de paños, que en algunos casos se utilizaban como residencias vecinas en comunidades semejantes a las corralas tan bien descritas por Benito Pérez Galdós en su referencia madrileña. Uno de esos edificios fue la Casa Grande, antigua fábrica de Ortiz de Paz, adquirida en 1877 por el Ayuntamiento que luego la cedería al Regimiento de Artillería.



Mujeres de Sepúlveda. Ignacio Zuloaga y Zabaleta.



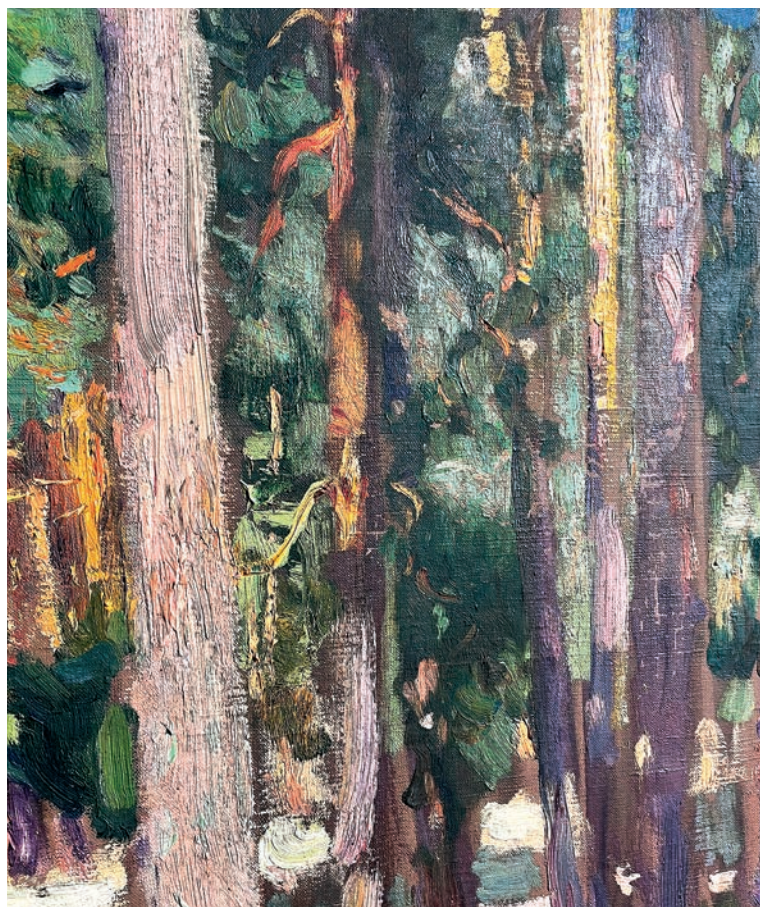
Cuadro de Francisca Roget.

COL. M. DE LOZOYA



El Azoguejo. Lope Tablada.

SUBDELEGACIÓN DEL GOBIERNO



Baño de la reina. Valsain. 1907. Joaquín Sorolla, en pleno Guadarramismo.

Los labradores, además de las huertas del Eresma, cultivaban los campos de La Albuera, el Gallo-Coceado, el Camino Nuevo o la ribera del Clamores. El ganado –ovejas, cabras– pastaba en los altos de La Piedad y en los alrededores de la Cruz del Mercado, verdadera aldea de labradores que vivían en modestas casas rurales en la que convivían con el ganado. El Clamores era una fuente continua de epidemia que se cebaba con los habitantes de San Millán, antigua residencia de pelaires.

La instalación de la estación del ferrocarril en las afueras de la ciudad –que vino a complementar la construcción en 1802 de la plaza de toros en el extrarradio de la misma–, hacía prever una reordenación de esa zona aneja a San Roque y Santo Tomás tras la llegada de la primera máquina de Medina del Campo en 1884 –2 de abril–. La Sociedad Económica de Amigos del País había dado el primer paso el 4 de junio de 1783, estableciendo en la zona un vivero que proporcionara material para el plantío de árboles. La moción para convertirlo en jardín botánico se tomó en la sesión de la Económica de 14 de agosto de 1801. Se cultivarían plantas medicinales. La ordenación del recinto derivaba del racionalismo geométrico francés. Desparecida la Económica en 1844 –tras la Guerra de la Independencia la Sociedad había vuelto por sus fueros en 1815 pero no volvería a reconstituirse en su tercera etapa hasta 1874–, el Ayuntamiento se apropió de los terrenos (sesión municipal de 1859, con el antecedente de otra de 13 de enero de 1843).

También se esperaba que tras completarse la línea de Medina del Campo con la procedente de Villalba, una vez horadado el Guadarrama en 1888, las expectativas de desarrollo económico se completaran. Vana esperanza. Poco provecho vendría de la nueva red de comunicación en una economía basada en el sector primario de manera predominante. Las industrias siguieron sin establecerse e incluso algunas autóctonas, como las harineras, se resintieron de la competencia a sus productos que llegaban de mercados cercanos.

A pesar de ello, en la segunda mitad del siglo XIX se producen algunas, nimias, transformaciones en la ciudad, que tomaba conciencia de la necesidad de realizar reformas y proceder al embellecimiento –o por lo menos de esconder la pobreza– de las casas de ladrillo, mampuesto y entramado de madera construidas durante los siglos XVII y XVIII. El 3 de febrero de 1859 el Concejo ordenó revocar todas las fachadas de la ciudad con el típico esgrafiado. “La terminación de la Plaza Mayor fue obra de los ayuntamientos del siglo XIX”, afirma José Antonio Ruiz en su monumental *Historia del Urbanismo en la ciudad de Segovia del siglo XII al XIX*, aunque su fisonomía actual se deba a la intervención del arquitecto Francisco Javier Cabello Doderó

en la segunda década del siglo XX, con el levantamiento de la Casa Larios y el teatro Juan Bravo, y con la construcción de las polémicas casas adosadas a la iglesia de San Miguel en la

“mamarracho” el proyecto de construcción-. Culminaría así la fisonomía de la única plaza con ese nombre de la ciudad. Pero el resultado resultaría muy discutible. Nada que ver con esa plaza

que lucía unas características balconadas corridas, salvo por su lado noroeste, que se abría para mejor contemplación del mayestático ábside de la catedral y que se observan en el cuadro de Ignacio Zuloaga *Rincón castellano* (c. 1917). Casas, en fin, rematadas, en su parte alta, con pintorescas galerías en madera a la manera de amplios solanares.

Hay que recordar que la Económica pretendió remodelar la plaza para la celebración de los festejos de toros en 1801. La afección social que supondría la destrucción de casas aconsejó de manera inteligente ubicar esta en el extrarradio, como se ha dicho.

La Económica consiguió la dotación de determinados arbitrios tanto para la celebración de los festejos taurinos como para la construcción de la nueva plaza. Era este un viaje de ida y vuelta puesto que los resultados de las corridas se destinaban por la Sociedad al sostenimiento del alumbrado de la ciudad –alumbrado de aceite– y a la limpieza.

Otras modificaciones urbanísticas se llevaron a cabo en este siglo XIX. Modestas, por la ausencia de presupuesto del Concejo, pero atisbos de lo que con posterioridad realizará Odriozola. En 1846, se procedió al desvío del cauce del río Eresma que amenazaba al convento de los Carmelitas Descalzos y al Santuario de la Fuencisla. En 1852 tuvo lugar el ensanche del primer tramo de la calle san Juan, que duplicó su anchura con el derribo de varias casas, y en 1866 se reordenó la manzana entre las entonces calles Cintería y Rehoyo con el levantamiento de la primera edificación desde

donde, por cierto, posiblemente tomara la perspectiva en picado Darío de Regoyos para pintar su cuadro *La Diligencia de Segovia* del que antes hablábamos.

A finales del siglo XIX se cambió el sistema de alumbrado de aceite por uno eléctrico. En 1889 se constituyó la Sociedad Electricista Segoviana. Mariano Sáez y Romero, en su libro *Las calles de Segovia* (1918; utilizo en esta crónica la edición facsímil de 1978) llega a afirmar que fue la capital “una de las primeras poblaciones de España” que gozó de luz eléctrica. Pero corta es la alegría en casa del pobre. La luz era cara y tenue, y el servicio no siempre se prestaba de manera ininterrumpida. El 15 de diciembre de 1911 *EL Adelantado de Segovia* escribe: “Dícese que la Electricista Segoviana se propone abaratar el fluido eléctrico para luz del comercio de la capital, tendiendo una red especial por las calles



Calle Perocota (c. 1900-1927).

WUNDERLICH



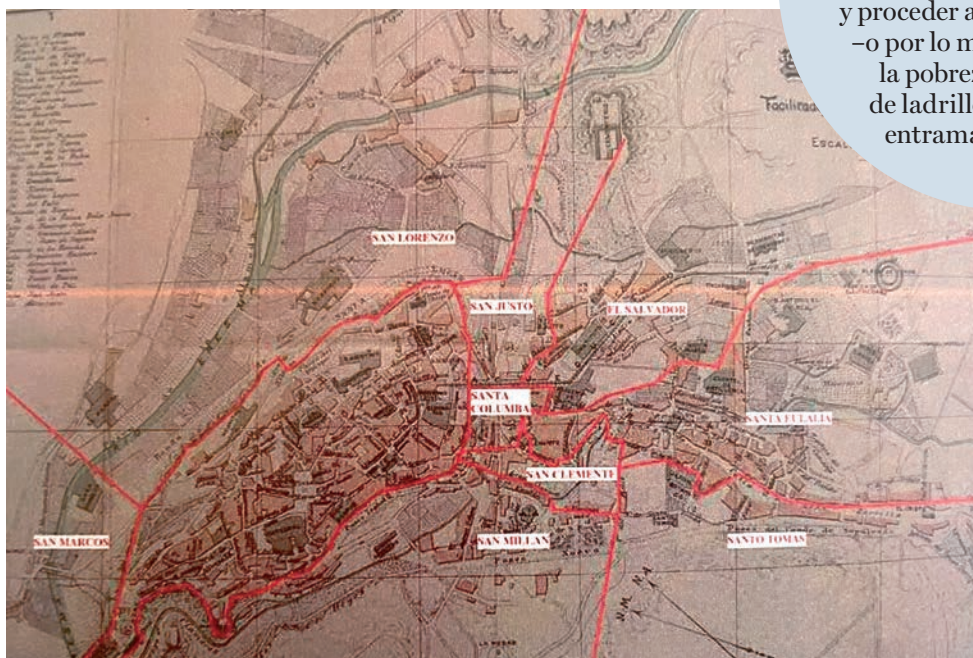
Ruinas de Santa Columba sobre la reconstrucción efectuada en 1828.

AUTOR DESCONOCIDO



Vista del Aqueducto de Segovia (1806-1820). Alexandre Laborde.

En la segunda mitad del siglo XIX se producen algunas, nimias, transformaciones en la ciudad, que tomaba conciencia de la necesidad de realizar reformas y proceder al embellecimiento –o por lo menos de esconder la pobreza– de las casas de ladrillo, mampuesto y entramado de madera



Plano de Segovia con la distribución por parroquias de los arrabales. Elaboración de Rubén de la Fuente a partir de un original del Archivo de Segovia.

tercera decena del pasado siglo –muy significativo el artículo que Julián de Torresano escribió en *EL Adelantado de Segovia* el 8 de junio de 1928. No se mordió la lengua, calificando de

céntricas que la permita efectuar una rebaja del 50 por ciento exclusivamente para los establecimientos comerciales, a quienes servirá de luz por un reducido número de horas (...) ¿No podría abarataarse el fluido que se sirve a las habitaciones del vecindario?

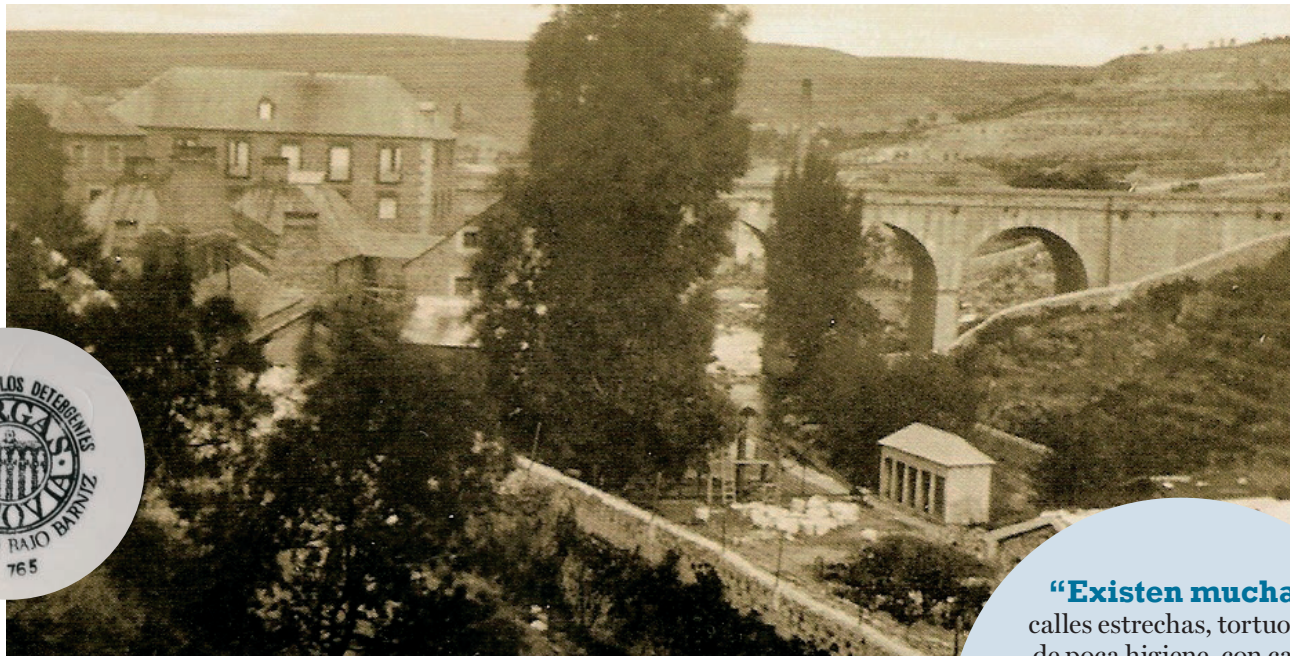
En 1918, la Electricista se disolvió a favor de la otra sociedad concurrente, la más nueva Cooperativa Electra Segoviana. Otra vez *El Adelantado* volvió a la carga con la cuestión eléctrica. El 6 de julio de 1919 un artículo concluía con el tono habitual del periódico en estos asuntos:

“La situación actual es lamentabilísima, intolerable. Las calles se hallan casi a oscuras; el alumbrado particular llega a tales deficiencias que apenas si se puede leer a la luz de una lámpara de cincuenta bujías, en seguida empezarán las industrias a sufrir el efecto del estiaje”.

El propio Ramón Gómez de la Serna terció en la cuestión dejando su granito de arena particular en *El secreto del Acueducto* que, dentro de la colección de la Biblioteca Nueva, se imprimió en los talleres de *El Adelantado*. Dice: “Su fábrica de luz eléctrica se apaga a cada instante, y no admite abonados, sino accionistas, porque sólo la puede ayudar el que le da una gran cantidad. No la sacaría de pobre el abonado. El abonado más bien la robaría lo que consumiese”.

No era ni mucho menos la luz eléctrica el único problema que sufría Segovia en esos primeros años del siglo XX. El agua y la higiene ocupaban las preocupaciones de los incipientes burgueses que desde sus respectivas tribunas luchaban por superar estas evidentes limitaciones para el desarrollo de la ciudad. Segundo Gila fue el adalid del higienismo a través de la tribuna de *La Tierra de Segovia* (1919-1922); como lo hizo Félix Gila en su magnífica *Guía y plano de Segovia* (1906), una de las más que reseñables guías que con evidente fin descriptivo y didáctico proliferaron desde el último tercio del siglo XIX. *El Adelantado de Segovia*, como no podía ser menos, también se ocupó de la cuestión, como se puede leer, por citar un ejemplo, en su edición de 12 de julio de 1918.

Hemos citado a Félix Gila. Recogemos de su *Guía* el siguiente retrato de la ciudad que valoramos más que las descripciones literarias de Ramón Gómez de la Serna, José Gutiérrez Solana –*La España Negra*, 1920– o la del Pío



Antigua fábrica de loza de Segovia.



La Casa Grande.



Segundo Gila.

El secreto del Acueducto de Ramón Gómez de la Serna.

Baroja de *Camino de perfección*:

“Segovia está hoy, a principios del siglo XX, en la situación de los organismos superiores sometidos a la vida letárgica. Aminoradas sus funciones, extinguidos sus movimientos, en la indiferencia y la

“Existen muchas calles estrechas, tortuosas, de poca higiene, con casas miserables y sin capacidad de viviendas humanas (...) Queda el ánimo entristecido y apenado al visitar la población y ver convertidos en desvanes lo que antes fueran talleres manufacturados”

quietud, y con apariencias de muerte (...) Existen muchas calles estrechas, tortuosas, de poca higiene, con casas miserables y sin capacidad de viviendas humanas (...) Queda el ánimo entristecido y apenado al visitar la población y ver convertidos en desvanes lo que antes fueran talleres manufacturados, y al recorrer las orillas del Eresma y del Clamores se observan las ruinas de tantas fábricas

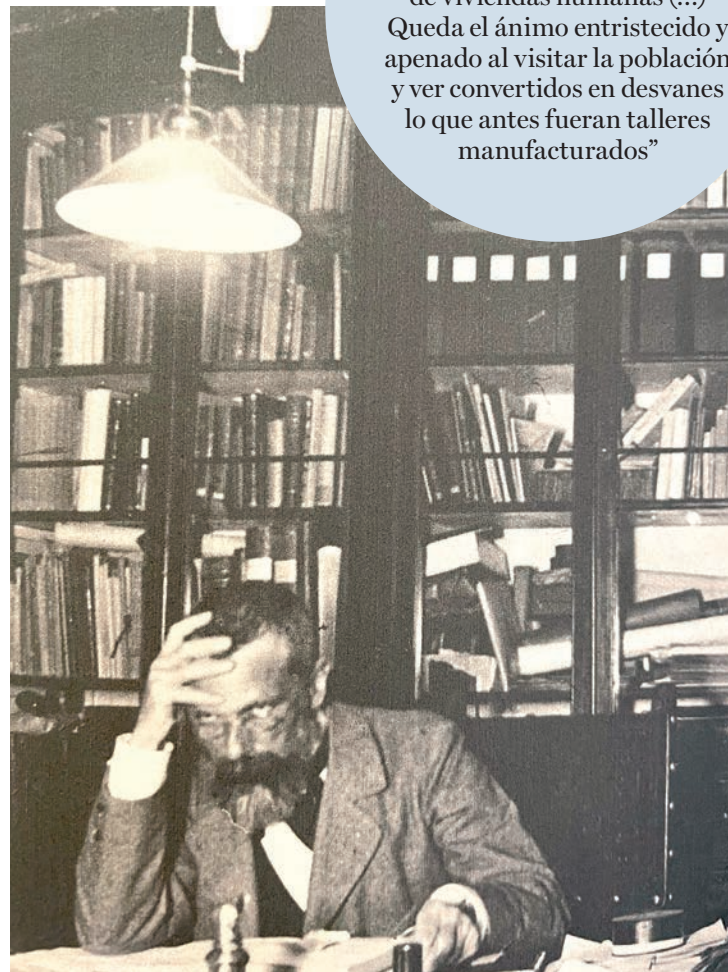
abandonadas y el silencio de tantas máquinas en prolongada paralización”.

Obedecía Félix Gila, catedrático de Universidad, al espíritu regeneracionista a la hora de plasmar con tintes naturalistas una realidad a la que era necesario aplicar el bisturí. Como ocurrió con otros autores, el diagnóstico inicial necesario se alejaba de la indolencia y el conformismo de generaciones anteriores que, deslumbradas por un pasado pretendidamente heroico, imperial y con altas dosis de artificiosidad, no supieron entender la trágica realidad de España – como diría Ortega y Gasset– y se encontraron con el desastre de 1898 que animó a que los ojos ilustrados descansaran

en otra realidad diferente que era la que a la postre conformaba la verdadera existencia del pueblo español. El mismo estilo fue adoptado por Antonio Machado en *Por Tierras de España* –originalmente, *Por Tierras del Duero*–, poema de *Campos de Castilla* (1912) o por Ignacio Zuloaga en sus cuadros.

En propensión, ciertamente, paradójica, también encontraron en esa “Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos, (que) desprecia cuanto ignora” (*A Orillas del Duero, Campos de Castilla*), la verdadera esencia de España, que surgiría de su marasmo cuando se sometiese a sus habitantes la medicina de la instrucción y la cultura, y se le aplicase a sus cuerpos –acostumbrados a la suciedad– la higiene en la misma manera que a su tejido urbano unos criterios urbanísticos propios del progreso y el desarrollo moderno.

Fue esta la labor de los personajes citados al principio de la crónica. Se enfrentaron como héroes modernos a un escenario poco propicio. Y como los héroes clásicos vencieron a su destino natural con las únicas armas de su inteligencia y buen hacer.



Augusto Arcimís en su casa de Madrid. 1900.

ARCHIVO ARCIMÍS. FUNDACIÓN DUQUES DE SORIA. IPCE



PRO- DUCTOS DE **KM.0**



Nada como
consumir
productos
de cercanía,
sostenibles,
únicos y de
tu provincia

NUESTRAS COSTUMBRES Y NUESTROS VALORES: NUESTRO ALIMENTO



Diputación
de Segovia



alimentosdesegovia.es